

menudo, y como se suscitasen muchas quejas contra su administración, manifestó el primer cónsul estar descontento de él en extremo, y aun dió señales de quererle destituir al punto. Pero el cónsul Cambaceres aconsejó que se guardasen con él más miramientos, y que no se despojase á Luciano de la cartera de lo Interior, sin ofrecerle un resarcimiento decoroso. Consintió en ello el primer cónsul; pensó Cambaceres en la embajada de España, y recibió encargo de ofrecérsela. Luciano la aceptó sin dificultad, se puso en camino y al poco tiempo ya nadie se acordaba del imprudente folleto.

De este modo la primera tentativa de asesinato contra el primer cónsul suscitó en su favor la primera idea de encubramiento; pero tan loca fué la una como mal concebida la otra. El general Bonaparte tenía que comprar con nuevos servicios un aumento de autoridad que nadie aún definía con precisión, pero que todos preveían confusamente en lo venidero, y al cual él ó sus amigos aspiraban ya de una manera declarada. Fuera de eso, su fortuna iba á suministrarle en servicios y en peligros fallidos, títulos inmensos á que no resistiría más la Francia.

LIBRO SÉPTIMO

HOHENLINDEN

Paz de los Estados-Unidos y con las regencias berberiscas. — Reunión del congreso de Luneville. — Mr. de Cobentzel se niega á una negociación separada y exige que se halle presente por lo menos un plenipotenciario inglés para formalizar la negociación real entre Austria y Francia. — El primer cónsul para acelerar su conclusión manda renovar las hostilidades. — Plan de la campaña de invierno. — Se encarga á Moreau atravesar el Inn y dirigirse sobre Viena. — Se envía orden á Macdonald para que con un segundo ejército de reserva pase de la tierra de los Grisones al Tirol. — Se destina á Brune con ochenta mil hombres para forzar el Adige y el Mincio. — Plan del joven archiduque Juan promovido á generalísimo de los ejércitos austriacos. — Su proyecto de envolver á Moreau queda frustrado por errores de ejecución. — Detiéndose en el camino é intenta asaltar á Moreau en el bosque de Hohenlinden. — Sabia maniobra de Moreau superiormente ejecutada por Richepanse. — Memorabile batalla de Hohenlinden. — Grandes resultados de esta batalla. — Paso del Inn, del Salza, del Traun y del Ens. — Tregua de Stéyer. — Ofrece el Austria firmar la paz inmediatamente. — Operaciones en los Alpes y en Italia. — Paso del Splügen por Macdonald en medio de los horrores del invierno. — Llegada de Macdonald al Tirol italiano. — Disposición de Brune para pasar el Mincio por dos puntos. — Defectos de estas disposiciones. — El general Dupont trata de pasar el primero por Pozzolo y llama contra sí todo el grueso del ejército austriaco. — Queda forzado el Mincio después de una inútil efusión de sangre. — Paso del Mincio y del Adige. — Afortunada fuga del general Laudón por medio de una mentira. — Los austriacos derrotados solicitan tregua en Italia. — Firmase el armisticio en Trevisa. — Renuévase las negociaciones en Luneville. — Admite Mr. de Cobentzel el principio de una paz separada. — Quiere el primer cónsul que pague el Austria los gastos de esta segunda campaña y la impone condiciones más duras que en los preliminares de Mr. Saint-Julien. — *Establece por ultimátum* el límite del Rhin en Alemania y del Adige en Italia. — Valerosa resistencia de Mr. de Cobentzel. — Esta resistencia, aunque honrosa, hace perder al Austria un tiempo precioso. — Mientras se siguen negociaciones en Luneville, el czar, á quien el primer cónsul cedió la isla de Malta, se la reclama á los ingleses, y éstos se la niegan. — Cólera de Pablo I. — Llama á San Petersburgo al rey de Suecia y renueva la liga de 1780. — Declaración de los neutrales. — Rompimiento de todas las cortes de Europa con la Gran Bretaña. — Aprovecha esta circunstancia el primer cónsul para mostrarse más exigente con el Austria. — Además del límite del Adige quiere la expulsión de Italia de todos los príncipes de la casa de Austria. — El gran duque de Toscana debe ser transportado á Alemania con el duque de Módena. — Mr. de Cobentzel cede por fin y firma con José Bonaparte el 9 de febrero de 1801 el célebre tratado de Luneville. — Obtiene la Francia por segunda vez la línea del Rhin en toda su extensión, y queda casi dueña de la Italia. — Es repelida el Austria al otro lado del Adige. — La república Cisalpina comprenderá el Milanesado, el Mantuano, el ducado de Módena y las Legaciones. — Destínase la Toscana á la casa de Parma con el título de reino de Etruria. — Principio de las secularizaciones establecido por la Alemania. — Grandes resultados obtenidos por el primer cónsul en el espacio de quince meses.

Acababa José Bonaparte de firmar en Mortefontaine, con Ellworth, Davie y Van-Murray, el tratado que establecía la paz entre Francia y América. Era el primero celebrado por el gobierno consular, y muy natural parecía que la reconciliación de la Francia con las diversas potencias del globo comenzase por aquella misma república, á la cual en cierto modo había dado nacimiento. Había permitido el primer cónsul que se aplazase la resolución de las dificultades relativas al tratado de alianza de 6 de febrero de 1778, pero había exigido en trueque que se hiciese lo mismo con las reclamaciones de los americanos sobre los buques apresados, porque creía, y con razón, que era menester contentarse por ahora con el reconocimiento de los derechos de los neutrales. Era dar en cierto modo á la Francia un aliado más en los mares, y un enemigo más á la Inglaterra; era arrojar un nuevo combustible á la cuestión marítima suscitada en el Norte, que iba haciéndose más grave cada día. Por consiguiente, los principales artículos del derecho de los neutrales, tal por lo menos como lo profesan la Francia y todos los Estados marítimos, fueron literalmente insertos en el nuevo tratado.

Estos artículos eran los mismos que dejamos atrás mencionados.

1.º *La bandera ampara la mercadería*; por lo tanto el neutral puede transportar toda clase de mercaderías enemigas sin ser registrado.

2.º Sólo se exceptúa de esta regla el contrabando de guerra, y este contrabando no se extiende á los víveres ni á las municiones navales, maderas, breas ni cáñamos, sino únicamente á las armas y municiones de guerra fabricadas, como pólvora, salitre, petardos, mechas, balas, bombas, granadas, carcasas, lanzas, alabardas, espadas, cinturones, pistolas, vainas, sillas de montar, arcos, cañones, morteros con sus cureñas y toda clase de armas en general, municiones de guerra y utensilios para la tropa.»

3.º El neutral puede ir de uno á otro puerto, sin que tenga más excepción su libertad de navegar que respecto á los puertos realmente bloqueados, y estos puertos son solamente los que están custodiados por una fuerza que no consienta forzar el bloqueo sin gran peligro.

4.º El neutral debe someterse á la visita, para que conste ser verdaderamente tal; pero el visitador debe mantenerse á tiro de cañón y mandarle solamente un bote con tres hombres; y si el neutral va convoyado por un buque de guerra, no puede tener lugar la visita, por

cuan to el solo pabellón de guerra es una garantía suficiente contra toda especie de fraude.

Contenía el tratado otras estipulaciones de detalle, pero estas cuatro disposiciones principales que constituyen verdaderamente el derecho de los neutrales, eran ya una importante victoria; los americanos al adoptarlas se veían precisados á exigir de su comercio su aplicación en nombre de los ingleses, ó de lo contrario á hacer la guerra.

La firma de este tratado se verificó solemnemente en Mortefontaine, hermosa hacienda que José, más rico que sus hermanos por razón de su casamiento, había adquirido algún tiempo hacía. Fué allá el primer cónsul, y le acompañó una comitiva brillante y numerosa. El palacio y los jardines, revestidos de elegantes decoraciones, presentaban por todas partes á la América y á la Francia unidas; hubo brindis análogos á las circunstancias, y el primer cónsul propuso el siguiente: «A los manes de los franceses y americanos muertos en el campo de batalla por la independencia del Nuevo Mundo.»

Lebrún propuso otro en estos términos: «A la unión de la América con las potencias del Norte para hacer respetar la libertad de los mares.» Finalmente, Cambaceres propuso el tercero AL SUCESOR DE WASHINGTON.

Esperábase con impaciencia á Mr. Cobentzel en Luneville, para saber si su corte estaba dispuesta á ajustar la paz. El primer cónsul estaba decidido á renovar las hostilidades por muy adelantada que la estación estuviere, si no le satisfacía la marcha de los negociadores. Desde que atravesó el San Bernardo no había obstáculos que le arredrasen, y creía que se podía pelear tan bien entre nieves y hielos como en un campo cubierto de mieses y verdura. El Austria, por el contrario, deseaba ganar tiempo, por cuanto se había comprometido con la Inglaterra á no admitir proposición alguna de paz por separado antes del mes de febrero siguiente, es decir, antes de febrero de 1801 (pluvioso del año IX). Temiendo en sumo grado la renovación de las hostilidades, acababa de solicitar por tercera vez una prolongación de la tregua. El primer cónsul se había negado perentoriamente, por cuanto Mr. de Cobentzel no había llegado á Luneville. No quería dejarse vencer en este punto, sino cuando viese al plenipotenciario austriaco en el lugar mismo donde había de celebrarse la negociación. Llegó por fin aquél el 24 de octubre de 1800; fué recibido con salvas de artillería y con grandes muestras de consideración, así en la frontera como en todo el camino, hasta llegar á Luneville. Habíase nombrado gobernador de este punto al general Clarke para que hiciera los honores á los miembros del congreso; y para que pudiera desempeñar este encargo como correspondía, se pusieron á su disposición fondos suficientes y una fuerza militar escogida. José se presentó por su parte acompañado de Mr. Laforet, que hacía de secretario. Apenas llegó Mr. de Cobentzel, queriendo el primer cónsul convencerse por sí mismo de las disposiciones del negociador austriaco le hizo invitar á que fuera á pasar algunos días á París (1). Mr. de Cobentzel no

(1) De los despachos del ministro de Prusia en París resulta que Mr. de Cobentzel se determinó á pasar á la corte de Francia, por no haber hallado en Luneville cuando llegó, contra todas sus esperanzas, ni al ministro británico ni al ministro francés. Consta por el mismo documento que José Bonaparte no salió de París

se atrevió á negarse (2), y se encaminó á París con la mayor deferencia; llegó el 29 de octubre. Concediósele inmediatamente una nueva prolongación de la tregua de veinte días. Le habló en seguida el primer cónsul de la paz y de las condiciones con que podría ajustarse. No daba Mr. de Cobentzel bastante seguridad sobre el asunto de una negociación por separado, y en cuanto á las condiciones, comunicaba exigencias enteramente inoportunas. El Austria tenía sobre la Italia miras imposibles de satisfacer y quería que si no le concedían más que en Alemania las indemnizaciones prometidas en Italia por el tratado de Campo-Formio, se le hiciesen, ya en la Baviera ó bien en el Palatinado ó en la Suabia, concesiones de territorio verdaderamente exorbitantes. Dejóse llevar sobradamente el primer cónsul en aquella conferencia por su genio vivo y tuvo arranques poco decorosos, como le había sucedido ya en las negociaciones de Campo-Formio con el mismo Mr. de Cobentzel; pero ahora, que tenía más edad y era más poderoso, se contenía menos que otras veces. El austriaco se quejó de ello amargamente, diciendo que jamás le habían tratado de aquel modo ni Catalina ni Federico, ni el mismo emperador Pablo, y habiendo pedido regresar á Luneville, se le dejó ir, juzgando que sería más conveniente negociar poco á poco con él por medio de José. Este último, de carácter suave, pacífico y bastante entendido, era más idóneo que su hermano para aquella tarea en que sobre todo se necesitaba paciencia.

Mr. de Cobentzel y José Bonaparte, reunidos en Luneville, se cambiaron mutuamente sus plenos poderes el 9 de noviembre (18 brumario). Tenía orden José de dirigir al negociador austriaco las tres preguntas siguientes: 1.ª Si tenía autorización para tratar. 2.ª Si la tenía para tratar por separado de la Inglaterra. 3.ª Si trataría como enviado del emperador solamente en nombre de la casa de Austria ó en el de todo el imperio germánico.

Canjeados los poderes y reconocidos como válidos, después de haberlos sujetado á un minucioso examen á causa del contratiempo ocurrido con Mr. de Saint-Julián, se dieron algunas explicaciones sobre el límite de dichos poderes. No titubeó Mr. de Cobentzel en declarar que no podía tratar sin que se hallara presente en el congreso un plenipotenciario inglés. En cuanto á la pregunta de si únicamente trataría en nombre de la casa de Austria ó en nombre de todo el imperio, declaró que necesitaba nuevas instrucciones.

Enviáronse á París estas respuestas; inmediatamente el primer cónsul comunicó á Mr. de Cobentzel que se renovarían las hostilidades así que acabase la tregua, es decir, á fines de noviembre; que, por lo demás, el congreso no tendría que disolverse, y aun continuando las hostilidades, podría negociarse, pero que los ejércitos franceses no se detendrían en su marcha sino después que el plenipotenciario austriaco hubiese accedido á tratar sin la Inglaterra.

hasta el 24; por consiguiente debieron encontrarse él y Cobentzel en el camino, y no en Luneville, como dice Mr. Thiers.

(N. del T.)

(2) Napoleón dijo en Santa Elena que Mr. de Cobentzel había querido pasar á París para ganar tiempo; pero fué un yerro de su memoria, pues la correspondencia diplomática prueba lo contrario.

(N. del T.)

En este intervalo el primer cónsul había tomado respecto á la Toscana una precaución absolutamente indispensable. Había quedado en ella el general austriaco Somma-Riva con algunos centenares de hombres, conforme al convenio de Alejandría, pero continuaba haciendo levantamientos en masa con el dinero de la Inglaterra. Anunciábase en aquellos momentos un desembarco en Liorna de aquellas mismas tropas inglesas que hacía tanto tiempo andaban paseando de Mahón al Ferrol y del Ferrol á Cádiz. Los napolitanos por su parte avanzaban sobre Roma, y los austriacos se extendían por las Legaciones traspasando los límites en la tregua, haciendo lo posible para favorecer la insurrección toscana. Viendo el primer cónsul que mientras se trataba de ganar tiempo se intentaba poner al ejército francés entre dos fuegos, mandó al general Dupont marchar sobre la Toscana, y á Murat, que mandaba el campamento de Amiéns, trasladarse inmediatamente á Italia. Muchas veces había ya advertido á los austriacos de lo que estaba dispuesto á hacer si no cesaban los movimientos de tropas comenzados en la Toscana, y viendo que no se hacía ningún caso de sus amonestaciones, expidió por fin las órdenes que había premeditado. El general Dupont con las brigadas de Pino, Malher y Carra Saint-Cyr, atravesó rápidamente el Apenino y ocupó á Florencia, mientras el general Clement iba de Luca á Liorna. No hubo resistencia en parte alguna; los insurgentes, sin embargo, se reunieron en la ciudad de Arezzo, que se había ya señalado contra los franceses cuando la retirada de Macdonald en 1799, y fué preciso tomarla por asalto y castigarla. Hízose esto menos severamente quizá de lo que había merecido por su modo de portarse con nuestros soldados: la Toscana entera quedó desde entonces sometida; los napolitanos fueron detenidos en su marcha, y los ingleses repelidos del suelo de Italia en el momento mismo de ir á entrar en Liorna. Dos días después iba á desembarcar una fuerza de doce mil hombres.

Los ejércitos estaban en movimiento por todas partes desde las orillas del Mein hasta la ribera del Adriático, y desde Francfort hasta Boloña. Las hostilidades por otra parte estaban anunciadas; el Austria, asustada, hizo la última tentativa por parte de Mr. de Cobentzel, denotando á un mismo tiempo su mucho deseo de paz, y el embarazo que le causaban sus malhadados compromisos con la Inglaterra. Dirigióse Mr. de Cobentzel á José Bonaparte, y afectando confianza le preguntó repetidas veces si se podía contar con la reserva del gobierno francés. Tranquilizado sobre este punto por José, le enseñó una carta, en la cual, manifestando el emperador las dudas que él mismo acababa de indicar acerca del peligro de una indiscreción, aunque fiándose en su conocimiento de los hombres y de las cosas, le autorizaba á que hiciese la declaración siguiente: Consentía el Austria por fin en separarse de Inglaterra, y tratar aisladamente con dos condiciones, que quería absolutamente se cumpliesen: 1.ª, un secreto inviolable hasta 1.º de febrero de 1801, época en que terminaban sus compromisos con Inglaterra, con la promesa formal de devolverse mutuamente todos los documentos que hubiera por escrito, caso de no cuajar la negociación; y 2.ª, la admisión de un plenipotenciario inglés en Luneville para poner á cubierto la verdadera negociación con

su presencia. Con estas dos condiciones se avenía el Austria á tratar inmediatamente, y solicitaba una nueva prolongación de la tregua.

La proximidad de París permitió que se recibiese una inmediata respuesta. No quiso admitir el primer cónsul por ningún título un negociador inglés en Luneville; consentía sólo en suspender nuevamente las hostilidades con condición, si así convenía al Austria, de firmar secretamente la paz en el término de cuarenta y ocho horas. Las condiciones de esta paz eran ya bastante conocidas por la discusión de los preliminares. Reducíanse á lo siguiente: tomar el Rhin por frontera de la república francesa en Alemania; el Mincio por frontera del Austria en Italia en lugar del Adige, que era la que tenía en 1797, pero con la cesión de Mantua á la república Cisalpina; dar á esta misma el Milanesado, la Valtelina, Parma y Módena; la Toscana al duque de Parma; las Legaciones al duque de Toscana; y por último, como disposiciones generales, declarar la independencia del Piamonte, de la Suiza y de Génova. Tales eran en la esencia los preliminares de Saint-Julián, con la sola diversidad de entregar ahora Mantua á la república Cisalpina para castigar al Austria por haberse negado á ratificar aquéllos. Pero el primer cónsul exigía que se firmase el tratado en cuarenta y ocho horas, declarando de lo contrario una guerra inmediata y sangrienta. En caso de ser aceptadas sus condiciones, se comprometía á guardar secreto absoluto hasta 1.º de febrero y á suspender de nuevo las hostilidades.

El Austria no quería ir ni tan de prisa, ni hacer en Italia tantas concesiones. Forjándose ilusiones sobre su situación presente, desechó la proposición del francés. Las hostilidades, pues, se renovaron al punto; Cobentzel y José permanecieron en Luneville, esperando para entablar nuevas comunicaciones los acontecimientos de que iban á ser teatro á la vez el Danubio, el Inn, los grandes Alpes y el Adige. La renovación de las hostilidades estaba anunciada para el 28 de noviembre (7 frimario del año IX), y todo dispuesto para la nueva campaña de invierno, una de las más memorables y decisivas de nuestros anales.

Había dispuesto el primer cónsul cinco ejércitos en el vasto teatro de aquella guerra. Su proyecto era dirigirlos desde París sin ponerse á su cabeza en persona; no obstante, no renunciaba á presentarse en Alemania ó en Italia, y á tomar el mando directo de alguno de ellos, si un acontecimiento imprevisto ó cualquiera otra causa hacía necesaria su presencia. Sus equipajes estaban en Dijón, dispuestos á encaminarse al punto donde le fuera preciso acudir.

Eran aquellos cinco ejércitos el de Augereau sobre el Mein, el de Moreau sobre el Inn, el de Macdonald en la tierra de los Grisones, el de Brune sobre el Mincio, y el de Murat, que marchaba hacia Italia con los granaderos de Amiéns. Augereau tenía á sus órdenes veinte mil hombres, á saber: ocho mil holandeses y doce mil franceses; Moreau tenía ciento treinta mil, de los cuales ciento diez mil pertenecían al ejército activo. El alistamiento y las altas de los enfermos y heridos, además de la reunión del cuerpo de Sainte-Suzanne, habían hecho ascender el ejército de éste á una fuerza tan considerable. La entrega de Philipsburgo, de Ulm y de Ingolstadt habían por otra parte permitido á Moreau

reconcentrar todas sus tropas entre el Isar y el Inn. Macdonald podía disponer de quince mil hombres en la tierra de los Grisones. Brune en Italia tenía bajo su mando ciento veinticinco mil soldados, de los cuales ochenta mil ocupaban el Mincio, doce mil la Lombardía, el Piamonte y la Liguria, ocho mil la Toscana y venticinco mil los hospitales. El cuerpo de Murat presentaba una fuerza de diez mil granaderos. Formaban entre todos un total de trescientos mil combatientes. Si se añaden á este número los cuarenta mil hombres que había en Egipto y en las colonias, y sesenta mil repartidos en lo interior y en las costas, se verá que la república desde la administración del primer cónsul contaba cerca de cuatrocientos mil soldados sobre las armas; trescientos mil en el teatro de la guerra, de los cuales doscientos cincuenta mil, útiles y disponibles para obrar inmediatamente, estaban provistos de todo, merced á los recursos reunidos del Tesoro y de las contribuciones impuestas á los países conquistados. La caballería estaba perfectamente montada, sobre todo la de Alemania; la artillería numerosa y excelentemente servida.

Tenía Moreau á su disposición doscientas piezas y Brune ciento ochenta; estábamos, pues, mejor preparados á la sazón que en la primavera; y nuestros ejércitos tenían en sí mismos una confianza ilimitada.

Han preguntado algunos críticos ilustrados, pero severos, por qué el primer cónsul, en vez de dividir en cinco cuerpos el total de sus fuerzas activas, no había formado, según sus propios principios, dos grandes masas, la una de ciento setenta mil combatientes, á las órdenes de Moreau, marchando por la Baviera sobre Viena, y la otra de ciento treinta mil, á las órdenes de Brune, pasando el Mincio, el Adige y los Alpes, y amagando á Viena por el Friul. Este fué efectivamente el plan que él mismo adoptó en 1805; pero la relación de los hechos dará á conocer los motivos que tuvo, y probará con cuán profundo conocimiento de los hombres y de las cosas sabía conforme las circunstancias variar la aplicación de los grandes principios de la guerra.

Nuestros dos ejércitos principales, el de Moreau y el de Brune, estaban colocados á los dos lados de los Alpes y casi á igual altura, el primero á lo largo del Inn y el segundo á lo largo del Mincio. Moreau debía forzar la línea del Inn y Brune la del Mincio. Ambos ejércitos eran iguales, por lo menos en cuanto á la fuerza numérica, é inmensamente superiores en inteligencia y valor á los que tenían al frente. Separaba á uno de otro la cordillera de los Alpes, que forma en aquel punto lo que se llama el Tirol. Los austriacos tenían el cuerpo del general Iller en el Tirol alemán, y el del general Davidovich en el Tirol italiano. El general Macdonald, con los quince mil hombres de que disponía, y que llevaban el nombre de segundo ejército de reserva, debía dar ocupación á aquellos dos cuerpos y llamar toda su atención, dejándoles en la duda del punto de ataque que eligiría; porque, situado en la tierra de los Grisones, podía, según le conviniese, ó caer directamente sobre el Tirol alemán, ó por el Splügen sobre el Tirol italiano. El nombre que llevaba su ejército y las dudas divulgadas sobre su fuerza debían hacer temer aún algún golpe extraordinario, y por esto estaba situado allí, para sacar partido del prestigio producido por el paso del monte de San Bernardo. Habíase tenido por fabuloso el pri-

mer ejército de reserva; ahora iba á darse al segundo una importancia excesiva. Así, pues, Moreau y Brune, tranquilos ya y seguros de lo que pudiera acontecer por el lado de los Alpes, podían sin temor alguno por sus flancos ir avanzando con el total de sus fuerzas.

El pequeño ejército de Augereau debía vigilar sobre los levantamientos en masa de la Franconia y de la Suabia, que protegía el cuerpo austriaco de Simbschen, con lo cual cubría la izquierda y las espaldas de Moreau. Murat, con diez mil granaderos y una poderosa artillería, debía hacer con respecto á Brune lo mismo que Augereau iba á hacer con Moreau, esto es, cubrir su derecha y su espalda contra los insurreccionados de la Italia central, los napolitanos, los ingleses, etc.

Estas prudentes precauciones eran las mismas que conviene tomar cuando no se sale de las condiciones de la guerra ordinaria. Ahora bien, el primer cónsul se había circunscrito á ellas por necesidad, teniendo para la ejecución de sus planes dos generales como Brune y Moreau. Moreau, el mejor de ambos guerreros y uno de los más entendidos de Europa, no era, sin embargo, hombre que hiciese lo que el primer cónsul hizo, siendo emperador en 1805, cuando, reuniendo una fuerza considerable en el Danubio y dejando otra menor en Italia, marchó sobre Viena como un rayo aterrador, sin curarse de sus flancos ni de su retaguardia, y poniendo toda su seguridad en la fuerza victoriosa é incontrastable de los golpes que asestaba á su principal enemigo. Pero Moreau y Brune no eran capaces de hacer otro tanto; por consiguiente, era preciso darles órdenes ajustadas á las condiciones de una guerra metódica; era preciso custodiar sus flancos y sus espaldas, darles seguridad de lo que podía suceder á su alrededor, porque ni uno ni otro eran capaces de dominar los accidentes inesperados con la grandeza y el ímpetu de su marcha. Por esta razón se situó á Macdonald en el Tirol, á Augereau en la Franconia y á Murat en la Italia central. Estas disposiciones sólo podrían cambiar cuando el estado de los negocios interiores permitiese al primer cónsul hacer la guerra en persona; pero todos convenían en que por ningún título debía á la sazón abandonar el centro del gobierno. Su ausencia durante la corta campaña de Marengo había tenido demasiados inconvenientes, para exponerse de nuevo á otros no habiendo una necesidad absoluta.

Las disposiciones de los austriacos eran de todo punto inferiores á las nuestras. Sus ejércitos, casi iguales á los ejércitos franceses en cuanto al número, no podían compararse con ellos bajo ningún otro aspecto. Aún no estaban repuestos de sus recientes derrotas. El archiduque Juan mandaba en Alemania; el mariscal Bellegarde en Italia. El cuerpo de Simbschen, destinado á formar el núcleo de los alistamientos de la Suabia y de la Franconia, apoyaba sobre el general Klenau. Mandaba éste un cuerpo intermedio atravesado sobre el Danubio, unido por su derecha con el cuerpo de Simbschen, y por su izquierda con el ejército principal del archiduque. Los generales Simbschen y Klenau reunían entre los dos veinticuatro mil hombres, sin contar las tropas de las banderías levantadas en Alemania. El general Klenau tenía órdenes de observar los movimientos del general Sainte-Suzanne, de acercarse al archiduque si el francés se acercaba á Moreau, y de reunirse con el cuer-

po de Simbschen si Sainte-Suzanne se reunía con el pequeño ejército de Augereau.

Mandaba el archiduque Juan á ochenta mil hombres, de los cuales, sesenta mil austriacos se adelantaban más allá del Inn y veinte mil entre wurtembergueses y bávaros se guarecían con las trincheras naturales de aquel río. El general Iller comandaba veinte mil hombres en el Tirol, sin contar diez mil tirolese. El mariscal Bellegarde estaba en Italia á la cabeza de ochenta mil combatientes, bien acampados detrás del Mincio; por último, diez mil austriacos, destacados hacia Ancona y la Romanía, debían auxiliar á los napolitanos é ingleses, caso de que estos últimos hiciesen una tentativa hacia la Italia central ó meridional. Componían entre todos una fuerza principal de doscientos veinticinco mil hombres, que con los maguntinos, tirolese, napolitanos, toscanos é ingleses podían ascender á cerca de trescientos mil. El primer cónsul, haciendo desarmar á los toscanos, cerrando á los ingleses el puerto de Liorna y conteniendo á los napolitanos, había tomado una precaución sumamente útil y muy conveniente para impedir el aumento de las fuerzas enemigas.

Por una especie de resolución común disponíanse las dos partes beligerantes á dirimir la contienda en Alemania entre el Inn y el Isar. Comenzaron las operaciones el 28 de noviembre (7 frimario), día melancólico y lluvioso de la rígida estación de invierno, que se anuncia en la Suabia con muy frías lluvias y con espantosas heladas en los Alpes. Mientras Augereau, avanzando sobre Francfort á Aschaffemburgo, Wutzburgo y Nuremberg, daba en Burg-Eberach un brillante combate, separaba las levas maguntinas del cuerpo de Simbschen, y paralizaba á este último para todo lo restante de la campaña; mientras Macdonald, después de haber ocupado largo tiempo á los austriacos hasta las fuerzas del Inn, se disponía á atravesar, á pesar de la estación, la gran cordillera de los Alpes, para caer arrojadamente sobre el Tirol italiano y facilitar á Brune el ataque de la línea del Mincio, Moreau, con la masa principal de sus fuerzas, se adelantaba por entre el Iller y el Inn en un campo de batalla estudiado por él largo tiempo, buscando un encuentro decisivo con el grande ejército austriaco.

Preciso es formarse una idea exacta del terreno en que iban á encontrarse los franceses y los austriacos en una de las ocasiones más importantes de nuestras grandes guerras. Ya dejamos descrito en otro lugar el lecho del Danubio, compuesto de este gran río y de una porción de afluentes que, cayendo repentinamente de los Alpes, van á aumentar sucesivamente el caudal de sus aguas. Estos afluentes, dijimos, son las líneas que debe defender un ejército austriaco que quiera cubrir á Viena, y las que tiene que conquistar un ejército francés que quiera marchar sobre esta capital. Se recordará que Moreau en la campaña del verano, después de haber penetrado desde el valle del Rhin al del Danubio y de haber atravesado el Iller, el Lech y el Isar, se había detenido entre el Isar y el Inn. Era dueño de la corriente del Isar, ocupando todos sus puntos principales, primero Munich y luego Freisinga, Moosburgo, Landshut, etcétera. Se había situado delante de este río y se hallaba en frente del Inn ocupado por los austriacos.

El Isar y el Inn, naciendo ambos en los Alpes, corren

juntos hacia el Danubio, separados por una distancia casi siempre igual de diez á doce leguas. Dirigiéndose primero al Norte el Isar hasta Munich, y el Inn hasta Wasserburgo, tuercen ambos hacia el Este, hasta que caen en el Danubio, el Isar en Deggendorf y el Inn en Passau. Éramos dueños del Isar y había que forzar el Inn; pero éste, ancho, profundo, protegido á su salida de las montañas por el fuerte de Kufstein, y en la parte inferior de su corriente por la plaza de Braunau y defendido entre estos dos puntos por una porción de trincheras, era una barrera difícil de salvar. Si se intentaba forzarle por la parte superior de su curso entre Kufstein, Rosenheim y Wasserburgo, se encontraban dificultades locales casi invencibles, y además estaba el ejército del Tirol sobre su flanco derecho. Si se le quería forzar por la parte inferior, entre Braunau y Passau cerca del punto en que confluye con el Danubio, había el peligro de tener que hacer por la izquierda una marcha dilatada en un terreno escabroso, cubierto de bosques y pantanos y dando el flanco al ejército austriaco, que por Muhldorf y Braunau podía caer sobre el ala derecha del ejército francés. Considerábanse ambos inconvenientes como de gravedad suma. Si los austriacos se limitaban á la defensiva, teniendo cuidado de estar alerta y de observar con atención todos los pasos del Inn, Moreau podía tropezar con obstáculos casi insuperables. Pero no era este su plan; el estado mayor austriaco había resuelto tomar la ofensiva; el joven archiduque Juan con la cabeza llena de nuevas teorías inventadas por los alemanes, y deseoso de rivalizar en cierto modo con el general Bonaparte en alguna combinación en grande, imaginó un plan muy complicado, que á juicio de personas entendidas no estaba del todo mal concebido. Pero por desgracia este plan era inútil, porque no estribaba en un conocimiento exacto de las circunstancias presentes. Hele aquí tal como ha llegado á nuestra noticia.

Moreau se había situado en el terreno que separa al Isar del Inn. Este terreno forma, entre Munich y Wasserburgo, una mesa elevada cubierta por un espeso bosque que se inclina en explanada aproximándose al Danubio, y al inclinarse se rompe, formando numerosos barrancos; sigue cubierto de vegetación en algunas partes, en otras aparece pantanoso, y por último sólo ofrece por todas partes difícilísimo acceso. Moreau se había posesionado de esta mesa, del bosque que la cubre y de los caminos que la cruzan. Desde Munich, donde tenía establecido su cuartel general, van al Inn dos caminos, uno que cae directamente por Ebersberg sobre Wasserburgo, y el otro que tuerce oblicuamente á la izquierda y pasa por Hohenlinden, Haag, Ampfing y Muhldorf. Ambos atraviesan el sombrío bosque de abetos que cubre aquella elevada región. En esta formidable guarida formada por un país selvático y montuoso, accesible sólo por dos caminos, de los cuales era Moreau dueño, era donde había que atacarle. Los demás caminos que la atravesaban sólo eran angostos senderos y veredas, destinados únicamente al acarreo de maderas é impracticables para el transporte de un material de guerra.

El joven archiduque había proyectado una gran maniobra. No quería atacar de frente la posición de Moreau, sino tomarle la vuelta, desembocando por los